

GERD THEISSEN

LA SOMBRA DEL GALILEO

Las investigaciones históricas
sobre Jesús traducidas a un relato

DECIMOCUARTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

Para Oliver y Gunnar

Tradujo Constantino Ruiz Garrido
del original alemán *Der Schatten des Galiläers*

Cubierta: Imagen digital realizada por Christian Hugo Martín
para Ediciones Sígueme

© Chr. Kaiser Verlag, München 1986

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1988

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2040-6

Depósito legal: S. 262-2019

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>A manera de prólogo</i>	9
1. El interrogatorio	11
2. El chantaje	21
3. La decisión de Andrés	35
4. La misión de hacer averiguaciones	45
5. La comunidad del desierto	57
6. Un asesinato y su análisis	71
7. Jesús –¿peligro para la seguridad?	83
8. Indagaciones en Nazaret	99
9. En las cuevas de Arbela	111
10. El terror y el amor a los enemigos	123
11. Conflicto en Cafarnaún	139
12. Personas en la frontera	157
13. Una mujer protesta	169
14. Informe sobre Jesús, o: encubro a Jesús	183
15. Reforma del Templo y reforma social	201
16. El miedo de Pilato	217
17. ¿Quién fue culpable?	231
18. El sueño del Hombre	245
<i>A manera de epílogo</i>	260
<i>Apéndice. Las fuentes más importantes sobre Jesús y su época</i>	263

El interrogatorio

La celda era oscura. Hace muy poco, la gente me empujaba y atropellaba por el pánico. Ahora estaba solo. Me estallaba la cabeza. Me dolían todos mis miembros. Los soldados, al principio, asistían indiferentes a la manifestación. Incluso tomaban parte en ella. Y gritaban con los demás. Nadie sospechaba que eran agentes provocadores, hasta que sacaron las porras que llevaban escondidas, y comenzaron a apalearnos. La mayoría de los manifestantes se dispersaron huyendo. Algunos murieron pisoteados. Otros eran golpeados brutalmente por soldados provocadores.

Yo no tenía ninguna razón para huir. Pasaba casualmente por allí, en compañía de Timón y Malco. No me interesaba la manifestación. Sólo quería ver a Barrabás, a quien había descubierto entre los manifestantes. Me dirigía precisamente hacia él, cuando estalló el pánico. Todo fue confusión, gritos, golpes de porras, silbidos y atropellos. Cuando recobré la lucidez, estaba preso. Timón también. ¿Habría escapado Malco?

Estaba sentado en cuclillas en medio de la oscuridad. Me dolía todo el cuerpo. No sólo me dolían los golpes y me marcaban las cadenas. Lo que convulsionaba mis miembros era algo más: era la humillación sufrida por una violencia brutal. Era el miedo a más humillaciones, a las que estaba expuesto sin poderme defender.

Un soldado hacía guardia afuera, paseándose. Oí voces. Abrían la puerta. Me arrastraron encadenado para el interrogatorio. Me llevaban a alguna parte de la sede del prefecto romano.

Frente a mí estaba sentado un oficial. Un secretario tomaba nota de las declaraciones.

—¿Hablas griego? —fue la primera pregunta.

—Entre nosotros, todos los que tienen un poco de cultura saben griego —respondí.

El hombre que me interrogaba tenía facciones finas. Sus ojos me miraban penetrantes. En otras circunstancias, me habría caído simpático quizás.

—¿Cómo te llamas?

—Andrés, hijo de Juan.

—¿De dónde eres?

—De Séforis en Galilea.

—¿Profesión?

—Comerciante de frutas y cereales.

El oficial hizo una pausa y aguardó a que el secretario lo hubiera anotado todo con su pluma que rascaba el papel.

—¿Qué estás haciendo en Jerusalén? —siguió interrogándome.

—Vine a la fiesta de pentecostés.

Levantó la mirada y me miró fijamente a los ojos: —¿Por qué participaste en la manifestación contra Pilato?

—Yo no era uno de los manifestantes. Me vi metido por casualidad en la manifestación.

¿Debiera haber añadido que reconocí entre los manifestantes a un viejo conocido? ¡Ni hablar! Barrabás era muy conocido por su odio a los romanos. Su nombre estaba en todos los ficheros de la policía. ¡Que no me relacionaran con él!

—¿Aseguras que no gritabas tú también: ‘¡Nada de dinero para Pilato!’?

—No tengo idea siquiera de qué se trata —mentí.

El funcionario se sonrió con incredulidad. Todo el que estaba en Jerusalén sabía perfectamente que se trataba del dinero que Pilato quería tomar de las arcas del Templo para construir un nuevo acueducto para abastecer de agua a Jerusalén¹.

1. Véase Josefo, *bell* 2,175-177 (II,9,4): «Algún tiempo después, él (= Pilato) dio ocasión a nuevos alborotos, porque gastaba el tesoro del templo, llamado «corbán», para una conducción de aguas;... La multitud estaba encolerizada por este motivo, y cuando Pilato llegó a Jerusalén, un gran gentío se apiñó gritando y lanzando insultos en torno a la sede del tribunal romano. Pilato sospechaba ya que se iba a producir ese alboroto entre los judíos e hizo que se mezclaran entre la multitud algunos soldados, armados pero disfrazados